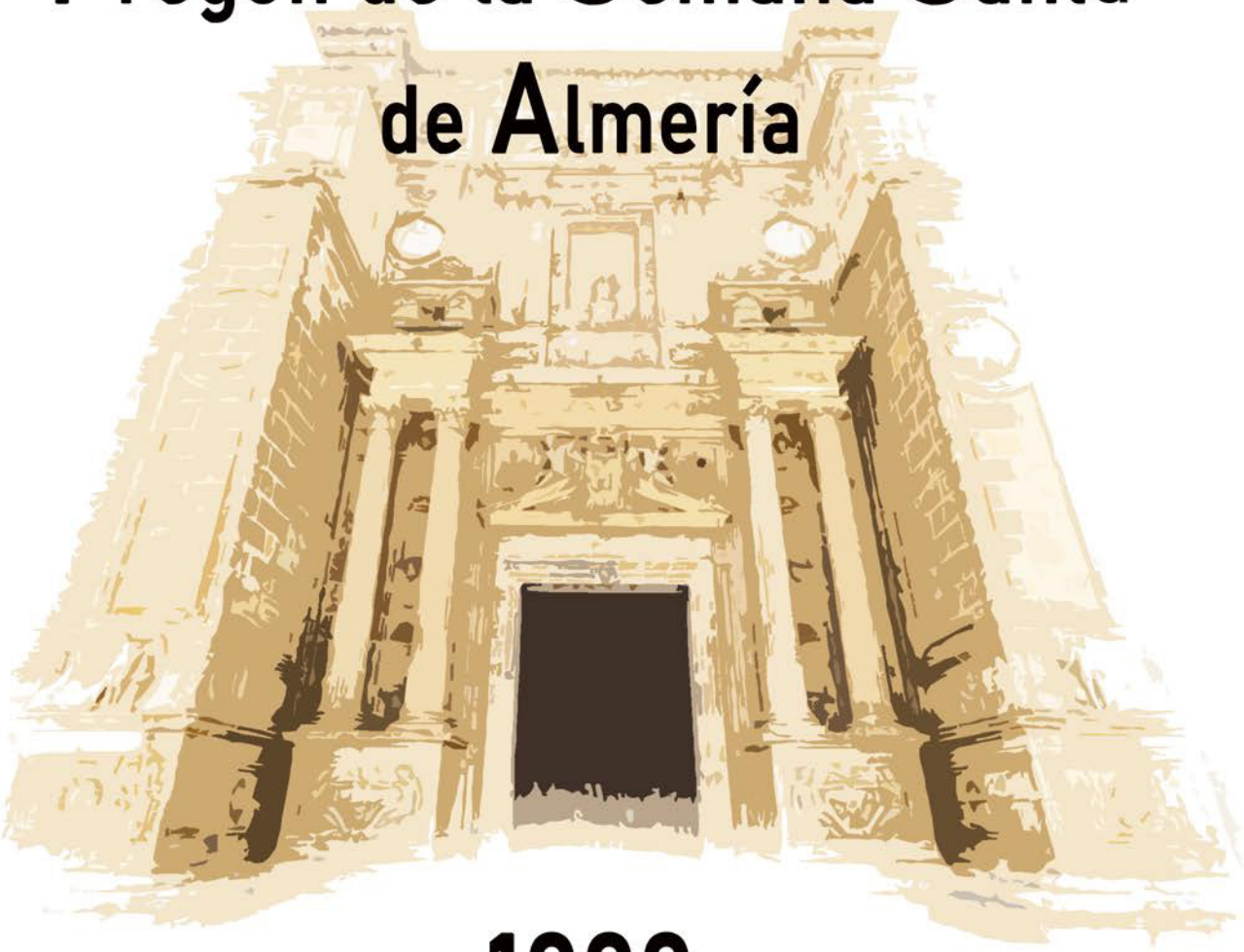
Agrupación de Hermandades y Cofradías de Almería

Pregón de la Semana Santa de Almería



1999

- Juan Francisco Megino López -

EXALTACIÓN

Quisiera empezar este Pregón con las mismas palabras con las que el Ilustrísimo Sr. Magistral de la Sede Primada de Toledo comenzó el pregón del Corpus Christi en el Salón de Concilios de aquella ciudad imperial un 20 de junio: "Os diré, con toda ingenuidad, que pocas veces me sentí tan corto y atajado en el uso de la palabra como en estos momentos…"

Este marco tan distinto del que suele acompañar mis actividades habituales, el tema, la coyuntura histórica, el ambiente de este Teatro Apolo, evocador de tantos y tan agradables encuentros… todo ello parece cautivar mi ánimo cortando el vuelo libre del pensamiento.

Pero, en fin, puesto que la Agrupación de Hermandades y Cofradías, a través de la capacidad persuasiva de su Presidente, solicitó mi colaboración personal en este acto, sentí yo, por muchos motivos, que era mi deber no regatearla y prestarla tan amplia y generosa como me fuera posible.

El año pasado me concedíais el Escudo de Oro de la Agrupación; hoy soy el pregonero de la Semana Santa por decisión de todos vosotros. Ambas cosas significan mucho para mí. Por ello, quiero agradeceróslo, particularizando ese agradecimiento en cada uno de los componentes de la Agrupación, porque sin duda, sois vosotros, Hermanos Cofrades, con vuestra sempiterna devoción y entrega desinteresada, quienes hacéis grandes estos días.

Cuando me ofrecisteis la oportunidad de pronunciar este pregón, os puedo asegurar que mis primeros sentimientos fueron de duda, pero no duda sobre si debía aceptar este inmenso regalo que me hacíais, sino sobre si yo, médico por vocación y alcalde por devoción, estaba capacitado para este menester. Aún aquí, frente a todos vosotros, me cabe todavía esa duda, aunque os puedo asegurar que a la hora de elaborar estas líneas lo he hecho con todo mi cariño, tratando de vaciar mis sentimientos hacia todos vosotros.

Aquí pues me tenéis, mis queridos amigos, dispuesto a desempolvar mi arrumbada lira por ver de arrancar a sus cuerdas algunas notas que acompasen la gran sinfonía que la Semana Santa de Almería en el año del Señor 1999.

Heraldo y portavoz y enamorado total de nuestra Semana Santa, holgaríame yo mucho de pregonarla al son de romaces y letrillas, a lo divino como lo han hecho, amarrados a su fe inquebrantable, los ilustres pregoneros que me han precedido en los últimos años. Desde D. Gabriel Espinar, Hermano mayor del Paso Negro de Huércal Overaen 1994, hasta el canto que con ternura y acierto desgranó entre amores hace ahora un año D. Juan López Martín, pasando por las nostalgias de D. Esteban Baños, la lírica e incomparable voz del juglar de Almería D. Cristobal Cervantes o la simpar hermosura de fervor mariano de D. Eduardo Fernández.

Al lado de aquestos excelsos varones, como diría D. José María Pemán, ¿qué haré yo, granito de polvo en las leras, para deciros algo que os pueda gustar…?

Como aquel glorioso Magistral citado al principio, quisiera yo decir mi Pregón, componiendo un magno poema sacro-lírico en el que rimen sin disonancias, antes en acordados son, la Teología, la Historia y el Arte.

La Teología con la nota grave del dogma.

La Historia con el acorde sostenido de los recuerdos.

El Arte con los arpegios altivos y brillantes de la forma.

Y que mis palabras para los almerienses tengan algo de invitatorio litúrgico, de leva militar y de arenga patriótica.

De invitatorio litúrgico que, amplificando la voz ante las distancia, llame a los creyentes a la Misa solemne de nuestra sin par Semana Santa.

De leva militar que, al sonido de tambores y cornetas, movilice todas las riquezas del espíritu y del arte en honor de Nuestro Señor en su Semana de Pasión.

De arenga patriótica, en fin, que con voz transida de emociones cante a la Patria grande de España, las glorias de la patria chica, Almería, recordando a las gentes que desde muchos años ha celebrado unas Fiestas de Interés Cristiano.

Ojalá que mis palabras encuentren eco en los resonadores de tantas consciencias dormidas que no saben de esta noble Villa andaluza, de sus gentes, de sus calles, de su mar, de su campo… y sobre todo, de este "Auto Sacramental Plástico" que cosntituye la Semana Santa de Almería.

Sabed pues que subo a estre tribuna entrañable cargado de responsabilidad y lleno de orgullo, por permitidme que sea yo el que preludie nuestra Semana Santa ante un auditorio repleto de voces dogtas y autorizadas en la evocación de una tradición añeja y hermosa como ninguna.

Decía que lo hago cargado de responsabilidad porque sé, que cada una de las butacas de este recinto están hoy ocupadas por hombres y mujeres que nunca escatimaron esfuerzo y entrega en la consolidación y pujanza progresiva de la Semana Santa de Almería, lo que, sin dudas, os hace acreedores de todo el mérito y, a la vez, portadores de los conocimientos eruditos en los que se singulariza esta tradición tan nuestra.

No seré yo quien pretenda, en este día tan especial para mí, adentrarme en los complejos pormenores de la Semana Santa, ni en el análisis histórico o antropológico de las cofradías y hermandades de Pasión.

Mi atrevimiento y también mi deseo sólo será: aceptar con gratitud y honor tan gentil invitación y pediros, a todos, que dejéis por unos minutos que sea mi corazón y no mi cargo, el que comparta con vosotros los comunes sentimientos que aglutinan a los creyentes en este tiempo de Cuaresma.

Pretendo, en fin, dejar fuera de este acto al Alcalde, que soy, y que seguiré siéndolo después, para que hable ahora el médico, el espectador, el creyente, el amigo. En resumen, Juan Megino, que se dirige a vosotros en un intento de conseguir juntos instantes de vivencia y emociones, muy pocos días antes de que nuestras calles se inunden de olor a cera, a incienso y azahar. Antes, por tanto, de que nuestra hermosa pasión por la Semana Santa desate en nuestro interior caudalosos ríos de sensaciones del alma.

Siempre he creído en las tradiciones como valores que justifican el presente y nos disponen para encarar el futuro. Por eso, sentí desde niño la necesidad de aferrarme en mi interior a la "Fe de mis mayores", para hacerla presente en mí mismo y, desde ella, construir

mi propio futuro "haciendo camino al andar", en clara expesión machadiana.

Las épocas festivas suelen ser siempre puntos de gran referencia. Y si hay una etapa que fija como ninguna esos ciclos de vida es la Semana Santa.

Recuerdo siendo yo muy niño, cuando mi pequeña maleta de madera cogía el autobús de mi pueblo para marchar a estudiar a Linares, que mi madre se quedaba con los ojos contenidos en lágrimas (yo mientras tanto lloraba sin consuelo alguno) y ella, tratando de ofrecer su imagen más dulce, me decía muy bajito al oído: "No te preocupes, pronto estarás de nuevo en casa".

Por aquel entonces, Semana Santa era uno de los grandes momentos de mi vida. Significaba el reencuentro con mi familia, con mis padres, mis hermanos, con los míos. Muchos años han pasado desde entonces, pero aún recuerdo aquellas vísperas del Viernes de Dolores cuando me daban las vacaciones en el Instituto y regresaba entonces a mi casa con la alegría del que sabe que le esperan.

De aquellas semanas santas de mi niñez, de las procesiones de mi pueblo guardo el recuerdo del olor a incienso de las calles de mi Navas de San Juan natal.

Y de aquellas procesiones a las de Almería, esas que conocí siendo joven, a principios de los setenta, y que he visto como crecían hasta convertirse en lo que hoy en día son, y que han pasado a formar parte de mi vida.

El encanto de la tradición que hoy nos reúne en este acto va más allá de lo puramente estético, que lo es y mucho, porque llega con certera precisión al centro mismo de los sentimientos más nobles.

La Semana Santa, como legado tradicional que recibimos de generaciones anteriores, no la vi nunca como una nostálgica mirada atrás, sino como la obligación que todos tenemos de conservar lo que es eterno, aquello que debe permanecer a través de los tiempos, porque nos acerca a la sabiduría de hoy y se nos hace tan necesaria para afrontar el mañana.

Confieso aquí, que la escenificación anual de la Semana Santa, con todo el cúmulo de tradiciones adosadas a la propia celebración cristiana, me ayudó a conocer la historia y la interioridad misma del ser humano. Me atrevería incluso a decir que la contemplación como espectador del hermoso rito, en los años adolescentes, no sólo me ayudó a conocer también la historia de Jesús de Nazaret, en el irrepetible papel del ser humano, sino que activó desde entonces mi necesidad de compromiso con el prójimo.

Permitidme la inmodestia de deciros que, pocas actividades humanas exigen tanto nivel de vocación, como el sacerdocio o la medicina. La primera, como corolario en el alivio del alma que toda persona necesita a lo largo de su vida y, la segunda, empañada siempre en la búsqueda continua de consuelo con el que atajar el dolor y el sufrimiento.

Tan unidas caminan estas dos actividades vocacionales y de servicio al semejante, que no podemos entender la una sin la otra. Cualquier creyente sabe – yo diría que lo saben hasta los que confiesan abiertamente su agnosticismo - que alli donde termina la ciencia, comienza la creencia. La Fe, como única virtud capaz de sanar la enfermedad del alma. Esa de la que se afirma –no sin razón- que es capaz de mover montañas.

Pero no seré yo quien se encargue de pronunciar un discurso catequético o pastoral que, para eso, doctores – y buenos- ya tiene la Iglesia, y muchos de ellos formando el largo

plantel de consiliarios que dirigen espiritualmente las hermandades y cofradías de Almería.

Lo que sí me gustaría transmitiros, en esta complicidad que pretendo establecer con vosotros "a corazón abierto", es mi percepción dual de la Semana Santa. Y hacerlo, como no, desde la propia dualidad humana en la que creemos los cristianos – ese compuesto de espíritu y materia al que antes aludía - pero, sobre todo, desde mi doble condición también de médico y activo espectador creyente.

Decía un viejo y querido sacerdote de mi pueblo, que en la Semana Santa andaluza se produce, con la naturalidad de los pueblos sabios, una perfecta y homogénea combinación entre lo mistérico-litúrgico y lo religioso-popular. De tal manera se constata esa doble conjunción de percepciones en Andalucía que sólo aquí, en nuestra tierra, se participa unánimemente de la Pasión, Muerte y Resurección de Cristo, sin importarnos la adscripción ideológica a la que pertenecemos, el grado de compromiso religioso que tenemos o la condición de fiel practicante, que podamos o no tener. Concluía el viejo cura amigo, significando que, como en todo, en el término medio está la virtud: es decir, se sabe vivir y disfrutar intensamente de la Semana Santa cuando somos capaces de aceptar y respetar que la celebración popular que se vive en la calle, no es más –y no es poco- que la escenificación pública de un pasaje bíblico sí, pero que hunde sus raíces y se fundamenta, en el misterio de la divinidad de Cristo y lo que ello supone en el alma de los creyentes.

La interiorización de la vida y la fe religiosa –lo mistérico-litúrgico al que antes aludía- es sin duda, una elección vocacional y personal, como la del compromiso individual que lleva a un hombre o a una mujer a ser médico. Ésta última vocación nace también en el interior como un reto personal contra el sufrimiento de nuestros semejantes, materializándose como una necesidad vital por sanar el dolor ajeno.

Si algo hermoso tiene la vocación médica (y quiero alejar de aquí cualquier interpretación que pueda desvirtuar mi más solemne respeto por los demás oficios y profesiones, pero obviamente hoy me he querido referir a la que más conozco, por ser la mía). Decía que, si algo hermoso tiene la medicina ejercida como yo la entiendo – integramente vocacional -, es el compromiso personal que se asume con tus semejantes. Yo diría que la mayor satisfacción, el mejor pago incluso, que puede recibir un médico, es llegar a ver sonreír a quien, por el dolor o la enfermedad, ha perdido las ganas de vivir o se encuentra sumido en la desesperación. Y proclamo aquí que, ese gozo, íntimo e instransferible, es mucho mayor cuando a los conocimientos científicos y a la pericia profesional, unes el amor al prójimo y la fe en Dios.

Mucho, pues, nos enseña la Semana Santa, en todos los órdenes de la vida. La bellísima y singular representación escénica en la calle, con sus rituales litúrgicos y, sobre todo, con el abnegado esfuerzo y sacrificio de quienes conforman la amplísima nómina de hermanos cofrades, es también fuente de experiencias y aprendizaje para quienes nos enfrentamos a ella desde la posición de espectador dispuesto a dejarse cautivar por tanta belleza.

En este punto, se me viene al recuerdo una anécdota vivida directamente en los aledaños de la iglesia de la Macarena sevillana, la tarde noche de un Jueves Santo, cuando se empiezan a ultimar los detalles de la salida procesional de la que, seguramente, es la cofradía que más fervor popular despierta en España.

Junto a la puerta lateral del templo, por la que acceden a su interior los miles de nazarenos de la hermandad, un "armao" se ajustaba las botas y la armadura, en el momento que una pareja de jóvenes recién llegados a la capital hispalense, con acento norteño y

evidentes muestras en sus ojos de estar apabullados ante la muchedumbre inmensa que esperaba la salida, decidieron preguntarle al "armao", cuáles eran los mejores sitios del itinerario para seguir la larga y multitudinaria procesión y tratar así de comprender mejor las razones de la fama que tiene la Macarena, fuera de Sevilla y de Andalucía.

El "armao", un hombre de más de cincuenta años y con más de treinta salidas como centurión romano, respondió de forma breve, pero a la vez clara y definitoria de que trato de explicaros: "Si de verdad lo que queréis es conocer, entender y disfrutar de nuestra Semana Santa, sólo tenéis que dejaros impresionar por lo que veáis y perderos entre el gentío". No creo, sinceramente, que se pueda aconsejar mejor a quienes tratan de conocer y entender la idiosincrasia andaluza y los sentimientos y emociones que forman parte de la esencia misma de nuestro pueblo. Ese "perderos entre el gentío" que sabiamente recomendaba el "arma", así como su invitación para "dejaros impresionar", es decir, para enfrentarse a la contemplación de las imágenes en sus pasos, todo envuelto en una mezcla perfecta de olores, delirios y devociones, termina indefectiblemente por cautivar y prender cualquier sensibilidad, sea o no andaluza.

Se ha dicho, con mucha razón desde mi punto de vista, que esa manifestación que mi amigo sacerdote bautizaba como "lo religioso-popular", termina por convertirse en un auténtico banderín de enganche para millares de personas (entre los que se cuentan cada vez más jóvenes) que descubren en las hermandades y cofradías, no sólo un lugar de encuentro para compartir la amistad y el gusto por la Semana Santa, sino el lugar desde el que poder expresar abiertamente, esa otra vocación social y de servicio a la colectividad, aglutinada en torno a lo que conocemos como el voluntariado.

Soy de los que se resiste a pensar que la Semana Santa, aún cuando en ella está muy presente el sufrimiento, la pasión, el dolor, (sin duda como máxima expresión de sacrificio y entrega, de amor en defintiva por la salvación del hombre), me resisto, digo, a que esta celebración tan nuestra sea una exaltación de la MUERTE. Muy al contrario, creo amigos que nos encontramos muy cerca de la mayor fiesta y expresión de VIDA. Nada de lo que nos sobrecoge y recoge durante la Semana de Pasión tendría el menor sentido, sin la fiesta de la Resurrección.

La Pasión y Muerte de Cristo está documentada. El testimonio de los evangelios nos llega de una manera ascendentemente dramática al hecho de la Resurrección, puesto que si esta fuera incierta "vana es nuestra Fe", según dejó firmado con rotundidad San Pablo.

La Resurrección implica la muerte, pero no una muerte cualquiera, sino una muerte precedida por un largo e intenso periodo de sufrimiento y de tormento psicosomático, cuyos factores emocionales y angustiosos comienzan en la cena el Jueves Santo; para continuar en el introito decisorio del Huerto de los Olivos; el Prendimiento; la Flagelación; la interminable noche sin reposo físico (camino de rostros adversos y amenazadores: Pilato, Herodes, Anás, Caifás); las heridas contusas en la cruel flagelación romana (sin limitación del número de golpes, condicionada solamente a que el condenado no muriera a causa de los latigazos y así poder continuar con el suplicio de la crucifixión hasta su muerte o con otra pena capital como la decapitación o el abrasamiento); la coronación de espinas; el resto de la madrugada entre golpes de soldados; la amenaza de la chusma; tirones sangrantes de las ataduras por las cuerdas ásperas; el peso parcial de la Cruz; la sed progresiva; las caídas; la crucifixión…, y todo ello con una brecha emocional intensa, demoledora en su premonición de Dios, en su ternura de Hijo, en su generosidad de amigo y en su condición humana de fraternidad.

Yo creo que una de las posibles causas médicas para atribuir la muerte de Cristo es la

que sucede en el politraumatizado que termina en un shock irreversible.

La descripción bíblica de las tres horas en el Cruz, con sus momentos de lucidez y de esfuerzos en las Siete Palabras, puede encuadrarse en las fases 3ª y 4ª de la moderna clasificación del shock en la que sin haber pérdida de conciencia hay, sin embargo, una progresiva disminución de la actividad de la corteza cerebral que, sólo gracias al esfuerzo, nunca mejor dicho sobrehumano, puede superar Cristo en forma de siete frases magistrales.

Terrible agonía la de Cristo precediendo a una muerte que sobrevino rápidamente. El mismo Pilato se extrañó de la celeridad con que tuvo lugar tal acontecimiento pues sabía que tres horas era poco tiempo para morir crucificado.

Todo este proceso sólo puede ser entendido y puede tener sentido desde la Fe Cristiana en perfecta combinación con la Esperanza, dos virtudes a las que nunca debemos renunciar.

Es, en ese paralelismo combinado que trato de establecer con la vocación médica, como el necesario sufrimiento que, muchas veces, hemos de infringir a un enfermo precisamente para que sane, para que viva y goce dela vida. No puede entenderse la sanación sin antes haber sufrido el dolor.

Os decía antes que mi pasión por la Semana Santa, siempre vivida como espectador creyente, me había ayudado a conocer ago más la interioridad del ser humano. He tenido la oportunidad de hacer amigos y conservarlos a lo largo de los años, vinculados al movimiento cofrade. De ellos aprendí – y sigo aprendiendo- que una de las mayores virtudes que adorna a la especie humana es, sin duda, la generosidad. Tan unida, “per se”, a la solidaridad y la entrega a los demás.

Basta visitar una cofradía de Semana Santa, en cualquier época del año, para darse cuenta de esto que digo. Ya sé que, como en todo colectivo humano, a veces se produce el desencuentro o la disputa puntual o coyuntural, cuando se contraponen distintas formas de ver o interpretar tal o cual asunto. Pero, a diferencia de otras organizaciones – sobre todo aquellas que tienen ánimo de lucro o fines económicos-, en nuestras hermandades y cofradías, son muchas más las cosas que unen que las que separan.

Igualmente ocurre con la actividad médica, cuando nos encontramos ante distintas formas de diagnosticar o tratar una dolencia. Podrá haber división de opiniones, pero todas – hasta las menos recomendables a simple vista- tienen en común el deseo expreso y sincero de aliviar el dolor y el sufrimiento, porque lo que interesa por encima de todo es la sanación del enfermo.

Adentrarse en la vida interna de las hermandades, es penetrar en un universo distinto. Atractivo y subyugante como pocos y lleno de individualidades tan ricas y vivas que, al compartirse con la colectividad cofrade, alcanza niveles de fascinación antropólogica, Es una posibilidad única de conocer a tus semejantes, que se ofrece sin más requisitos que el gusto por la Semana Santa y un afán voluntariamente aceptado, por conservar, mantener y enriquecer una tradición y unos valores humanos que nos han sido legados como el mejor de los patrimonios posibles.

Y con estos mimbres se llegan a consolidar verdaderas comunidades sociales que, al amparo de la Iglesia, conviven y desarrollan su actividad cimentándola con fuertes lazos de hermandad. Y es así como aprendí, y espero no haberme apartado del camino aprendido, el valor que adquiere el trabajo entendido como vocación de servicios al prójimo. No hay mayor

recompensa y vosotros cofrades de Almería lo sabéis, que el comprobar que tu esfuerzo, que tus horas de dedicación y muchas veces de verdadero sacrificio, han provocado la alegría o el bienestar de los demás.

Dentro de muy pocas fechas darán inicio esos días que todos anhelamos, pero de un modo especial vosotros hermanos cofrades. Se limpiará la plata, se montarán los pasos, se oirán redobles de tambor, se olerá a cera, se plancharán túnicas y se harán capirotes, se encederán cirios, se vestirán imágenes, pero sobre todo lo que se hará será salir a la calle para acompañar a Jesús y a su Madre. Almería les rezará, les cantará, les piropeará, estará junto a ellos, y por un instante todos cerraremos los ojos soñando sentiremos como nace una nueva primavera llena de esperanzas e ilusiones. Esa será vuestra única recompensa a tan generosa dedicación.

Estamos en un tiempo propicio: La Cuaresma. Un tiempo para la reflexión y también para la esperanza. Pero ese análisis de la confianza habremos de hacerlo desde la individualidad íntima y personal, precisamente para poder proyectarla y compartirla, porque solamente confiando y creyendo en nosotros mismos sabremos también creer y confiar en los demás. Sumando voluntades y esfuerzos, de la misma manera que una cuadrilla de costaleros avanza y mece un paso de palio o un misterio al grito de “Todos por Igual”.

El espíritu que se desprende del propio lenguaje cofrade, como vemos, nos enseña también – al menos a mí me enseñó mucho- a conocer cómo fue posible el milagro del resurgimiento, pujanza y consolidación de la Semana Santa de Almería. Un ejemplo del que debéis sentiros orgullosos, y yo con vosotros, porque nos sirve a todos para saber que toda una obra humana planteada y acometida desde la generosidad, la entrega y el sacrificio, siempre será posible culminar.

Aún recuerdo, aunque de forma muy lejana, aquellos años en los que apenas un puñado de abnegados y sufridos cofrades se resistieron, casi con heroicidad, a que la Semana Santa almeriense, en su expresión religioso-popular; desapareciera ahogada en el olvido y el abandono.

Eran pocas las hermandades con posibilidades de echarse a la calle para hacer su estación de penitencia, como poco también el patrimonio de que disponían y, menos aún, el número de jóvenes dispuestos a rescatar y dejar constancia de su fe, de sus convicciones.

Pero como en tantas cosas de la vida, la perseverancia, la constancia y, sobre todo, el ejemplo de entrega desinteresada que daban a los demás, terminó por germinar como semilla en buena tierra. Y esta tierra almeriense es fundamentalmente, - ¡y de qué modo!- rica y fértil en generosidad humana.

Así, de apenas cuatro cofradías, que sumaban entre todas varias decenas de hermanos y no más de diez pasos por ruedas, pasamos en pocos años a una Semana Santa en la que se implican millares de almerienses, los pasos se cuentan por decenas y el número de hermandades sigue creciendo cada año, gracias a la participación activa de un impresionante elenco de jóvenes que, no sólo dan fuerza y pujanza a nuestra celebración, sino que aseguran y garantizan un futuro próspero y rico.

Pero nada de los que hoy podemos contemplar con gozo y admiración en nuestras calles, hubiera sido posible sin aquel sufrimiento inicial de quienes, a pesar de ser pocos, confiaron en lo que estaban haciendo, que no era otra cosa que tratar de no dejar que se perdiera en el tiempo, el hermoso legado de una tradición que tanto tiene que ver con nuestro propio espíritu.

La Semana Santa almeriense, que a tantos eruditos y conocedores sigue cautivando y sorprendiendo, es hoy una realidad tan honda y sólida, que más que nunca tenemos la obligación de cuidar, para que no tengamos que volver a temer por su desaparición. Y así, poder recomendarles también a quienes nos visitan, como hacia el "armado" sevillano, que se dejen impresionar, perdidos entre el gentío. Más aún, cuando ese gentío es almeriense, que es tanto como decir: la mejor garantía de la hospitalidad sincera, a cambio de nada.

Almería tenía que contar con peso específico dentro de la Semana Santa andaluza porque así le correspondía por historia y tradición. Y ello, sin declinar de nuestra singularidad levantina, porque no nos aleja de Andalucía y, sin embargo, nos acerca a los pueblos de nuestro propio entorno. Es aún más hermoso si cabe, comprobar en nuestras calles la rica variedad de las hermandades y cofradías almerienses que, con una vocación y expresión claramente andaluzas, conservan rasgos propios de identidad que nos enlazan con nuestra historia proyectándonos hacia el futuro.

Con la Procesión de la Borriquita iniciamos la Semana Santa almeriense. Jesús, en su hermoso día de domingo, hace su entrada triunfal en la ciudad, mientras que el pueblo, jubiloso, sale a recibirlo. Es la procesión de los niños.

La Virgen de la Estrella nos abre paso a las bellas representaciones de María, Madre del Señor. El rostro de dolor surcado por las lágrimas de la Madre doliente sobresale entre los ciriales y la plata que adornan la blanca pureza del Amor convertido en sufrimiento.

Y ese mismo día, caída ya la noche, Jesús celebra su Última Cena, rodeado de sus discípulos, desfilando este año por las calles de Almería con su impresionante paso renovado. María Santísima de Fe y Caridad, en su paso de palio, cierra el desfile, portada por sus abnegados costaleros que echan rodilla en tierra para poder mostrarla a sus fieles.

Y ya el Lunes Santo, la Macarena sale a la calle, mostrando a los almerienses un rostro que arranca de aquí y de allá los piropos de quienes la contemplan. Rodeada de flores, entre los brillos de los varales, la Macarena acompaña a su Hijo, Nuestro Padre Jesús de la Sentencia, que maniatado y resignado oye su condena a muerte, mientras Pilatos enjuga su culpa lavándose las manos.

La Pasión recoge a un Dios Hijo que enfila su última hora con el rostro del dolor salpicado por la sangre que le arranca una vergonzosa corona de espinas. Sobre sus hombros y en la soledad del condenado a muerte, la impresionante cruz que le provoca las tres caídas de Jesús en su camino hacia el Calvario. Son los peores momentos de sufrimiento de un hombre excepcional que murió predicando amor.

El Martes comienza con el Silencio previo a la última hora. El Silencio de una cofradía que pide a todos una reflexión ante los problemas del mundo y lo hace sin lujos, de negro riguroso. Con el ritmo monocorde de sus tambores y el más absoluto respeto, el Perdón arranca de los fieles un estremecimiento cuando entona el toque de queda ante su Cristo crucificado, que deja vagar la mirada en la noche almeriense. Ni el viento se levanta para no molestar.

No menos dolor representa en su rostro el Cristo del Amor, que invoca a su Padre pidiendo, en tan duros momentos, el perdón para quienes han sido sus verdugos. Y frente a él, la imagen de Nuestra Señora del Primer Dolor, que bajo su fino manto de terciopelo llora al ver a su Hijo crucificado. Son las lágrimas de una madre, rota y deshecha, desconsolada y triste.

La tradición cofrade llega al Miércoles Santo de la mano de la Hermandad de los

Estudiantes. Clavadas las rodillas en tierra, rodeado de verdes olivos, con semblante de preocupación y la amargura reflejada en su rostro, Jesús suplica a su Padre no tener que pasar por el trágico trance que le espera. A su paso, los almerienses enmudencen. Silenciosa camina la Virgen del Amor y la Esperanza.

También toma la calle esta noche la Cofradía del Prendimiento.Son muchos años los que tiene de experiencia a sus espaldas, aunque el destino haya querido que reinicie su camino. La ilusión con la que lo ha hecho es digna de admirar, como lo fue el comportamiento del almeriense en aquellos momentos tan duros. Aún recuerdo las lágrimas que muchos no pudieron contener, aunque también recuerdo sus rostros el primer año después de la desgracia, cuando con una inmensa alegría retomaban el centro de la ciudad.

Y emotividad la que año tras año viven los almerienses con la representación del Encuentro de Jesús con su Madre. Con la Cruz a cuestas, Jesús atraviesa las calles de Almería, rodeado de fieles que en cientos se congregan para ver este gran momento.

Todo esto ocurre el Jueves Santo, mientras otra de las Cofradías más antiguas, la de las Angustias, recorre el casco viejo, cobrando en sus estrechas calles toda su fuerza. El primero de sus pasos recoge la escena del Monte Calvario, cuando Jesús, ya crucificado, se dirige a su Madre y le dice: *"Mujer, ese es tu hijo",* refiréndose a Juan, y luego a su discípulo: *"Esa es tu Madre*". El segundo presenta a Cristo crucificado y muerto, mientras el tercero nos muestra a María, rota por el dolor, con su Hijo que yace inerte en sus brazos.

Y enseguida, destacando por su gran belleza, el Descendimiento de la Cofradía del Silencio. Frente a la oscuridad de esta obra la expresión de dulzura y serenidad que aporta María Santísima del Consuelo por su Rambla de Alfareros. También en el desfiel queda representada la crueldad de la Pasión, con un Jesús casi desnudo, atado y con la mirada perdida, que soporta el castigo al que es sometido con la dureza del látigo.

Estamos ya en la madrugada del Viernes Santo. El cielo está despejado, lleno de estrellas que en la inmensa oscuridad de la noche brillan y sirven de testigos mudos a Jesús, que por las calles de Almería camina hacia su crucifixión.

Silencio, emoción contenida, repeto y amor, mucho amor.

Cuando suenan relojes

en la madrugada… quieta

y van marcando las cinco

y la ciudad despierta.

El Cristo de la Escucha, un año más sale a la calle, y hace realidad la leyenda que acuñó su nombre. Él entiende a sus fieles, les comprende y les escucha. Dice la tradición que la imagen del Cristo de la Escucha fue emparedada, convirténdose desde su descubrimiento hasta ahora, durante cuatro siglos, en la imagen de la esperanza.

Miro a un lado y a otro. El silencio se apodera de la Plaza de la Catedral, un silencio que sobrecoge hasta al más valiente y hace temblar nuestros cuerpos. Esta madrugada, como hace 20 siglos ocurriera en Jerusalén, cuando Jesús caminaba hacia el Calvario, la Plaza de la Catedral se encuentra abarrotada de gente. Como entonces, la muchedumbre sigue a Jesús, descalzos unos, rezando otros, callados en general todos ellos. Son horas inciertas para muchos, son horas de reflexión, son horas para comprender que hoy se sigue crucificando a

inocentes.

Hoy, los crucificados no están expuestos en la colina; no hay clavos ni maderos; pero sin embargo, los vemos por todos los rincones del mundo; países que pasan hambre, pueblos privados de libertad y entregados a los caprichos de algunos, refugiados sin tierra y sin dinero, famIlias dispersas por la guerra, pobres sin posibilidades de salir de su pobreza… sin esperanza, sin amor, llenos de miseria, enfermos que no pueden más. ¡Todos están crucificados!

Sin embargo, pese a todo esta madrugada se abre la puerta de la esperanza, entre llantos de una Almería que como todas las primaveras, acompaña a su Cristo rezando.

Poco a poco la Plaza de la Catedral acoge a los miles de almerienses que un año más, en la madrugada del Viernes Santo, se dan cita para ver de frente a Jesús. Los muros sobrios de la Catedral, como vienen haciendo año tras año, dan testimonio de la entrega de los almerienses, que a través de la máquina del tiempo retroceden en la historia para revivir aquellos tristes días que llevaron a Jesús hasta su muerte.

Y de la Plaza de la Catedral a la calle Eduardo Pérez, para continuar hacia la castiza calle Real, donde su estrechez hace que se produzca el milagro, y Jesús roce la mano de quienes desde sus casas, desde sus balcones, quieren sentirle cerca. Jesús ha sido condenado a muerte y a cuestas lleva la Cruz. El mundo es cobarde, cobarde lo fue en aquel momento, y cobarde lo es hoy. Cae en el camino, desplomado, deshecho por el dolor. Y entre la masa anónima encuentra a su Madre, que no aparta los ojos de Él. Estamos en la Plaza Virgen del Mar, ella, nuestra Patrona, le sostiene en brazos, como en brazos nos sostiene a todos nosotros. Pero hay que seguir. El Cirineo ya ayuda a Jesús a llevar la Cruz. El camino es demasiado duro para ser recorrido a solas, aunque en ocasiones no seamos capaces de verlo, y apartemos las manos que se nos tienden.

Él es ejemplo. Dicen que su grandeza reside precisamente en su sencillez, y a Él todos miran con admiración y se rinden ante su gran corazón. La Verónica enjuga su rostro. En el lienzo han quedado sus rasgos sangrientos. Continúa adelante, Floridablanca, para llegar de nuevo a la calle Real. Ha vuelto a caer en el camino. No puede más. No es sólo el peso de la Cruz lo que le provoca la caída, sino también la fatiga y el cansancio. Reprende a las Hijas de Jerusalén. Vuelve a caer por tercera vez, aunque esta vez lo hace ya en la cima del Calvario.

Jesús es despojado de sus vestiduras, era lo único que le quedaba. Les tenía un cariño especial. Las había tejido su madre. Lo clavan a la Cruz y en ella muere, no sin antes pedirle a su Padre algo muy importante: Que perdone a sus verdugos. *"Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen"*. Calle Mariana, Plaza de la Administración Vieja, calle Cervantes y de nuevo la Plaza de la Catedral. Jesús vuelve a los brazos de su Madre y es colocado en el Sepulcro.

El Cristo de la Escucha vuelve a su capilla. Ha cumplido fielmente su cita con los almerienses, que en miles se han congregado para acompañar su imagen. Son hombres y mujeres de toda clase, que rezan, piden o dan gracias.

Santo Cristo de la Escucha

perdona nuestras flaquezas

en esta mañana muda

por la que pasas con fuerza

que Almería está llorando

llorando… toda deshecha

Jesús ha expirado en el madero. El dolor de su muerte no puede estar reflejado en ningún lugar mejor que en el rostro de la madre que le dio la vida. La imagen de la Soledad es la de la madre que ha perdido parte de su ser y vaga sola por las calles de la ciudad con el corazón atravesado por la ausencia. Por su rostro compungido resbalan lágrimas que piden el silencio, sólo roto por los ayes lastimeros de las saetas que desgarran la noche en que el soldado ha atravesado el costado del Señor.

El Cristo yacente en el Santo Sepulcro recorre las calles de la ciudad, mientras que Almería entera llora su muerte.

Y del dolor del Viernes Santo a la alegría del Domingo de Resurrección, y con él la Vida, la Esperanza y el Futuro.

No quiero terminar mis palabras sin hacer una mención expresa y un ruego personal, a quienes van a tener la obligación de garantizarnos ese futuro mejor: los jóvenes.

Con acierto indiscutible, la totalidad de las Hermandades y Cofradías de Almería han sabido ir incorporando un amplísimo plantel de jóvenes a la labor cofrade y permitiendo que, en la medida de su capacidad y valía, fueran asumiendo tareas y responsabilidades que hasta hace poco, estaban reservadas casi exclusivamente a los mayores. Tan es así que resulta ya habitual en Almería ver la incorporación de jóvenes en la práctica totalidad de las directivas cofrades y teniendo, como exponente mayor de esto que digo, a la hermandad juvenil del Santo Cristo del Perdón, que ha sabido ganarse el respeto y la admiración de todos, haciéndose un hueco destacado en nuestra Semana Santa.

El ruego personal que deseo hacerle a todos los jóvenes cofrades, no puede ser otro que animarles a continuar en el trabajo común, asumiento la responsabilidad y el honor que significa ser garante de la conservación y engrandecimiento de esta tradición de los valores, a la que todos hemos sido llamados. Os pediría, en fin, que en los momentos de debilidad o cansancio, sepáis mirar a aquellos primeros cofrades que, contra viento y marea, siguiendo el ejemplo apostólico, tomaron su cruz y fueron con Jesús. La debilidad o el agotamiento, como al buen costalero o nazareno, no le impide nunca seguir caminando.

Voy terminando. Lo hago, creedme amigos, más emocionado aún que cuando subí a esta tribuna, porque no todo el mundo tiene el privilegio de hablar ante una concurrencia tan conocedora y apasionada como ésta. Gracias a vuestra generosidad y cariño, lo he hecho como deseaba hacerlo: dejando que fuera mi corazón y no mi cargo el que dejara constancia de sus vivencias y emociones. Por eso me siento honrado y gozoso a la vez. Honrado por el ofrecimiento que me hicistéis para pregonar la Semana Santa y gozoso porque, permitidme que os lo diga, ya nadie podrá quitarme el placer que he sentido hoy aquí, a vuestro lado. Creedme si os digo que, con vuestra complicidad, me he sentido un poco más persona y, por qué no decirlo, un poco más hermano y mucho más amigo.

Quiero terminar con una plegaria a Dios y un deseo para todos. En estos momentos de tanta esperanza, pero también de tanta incertidumbre para los españoles, quiero pedirle a Dios en unión vuestra, que éste sea, al fin, el año de la paz definitiva.

Y a vosotros desearos, sinceramente, que la Semana Santa que ya comienza, os deje un recuerdo tan hermoso e imborrable, como el que amí me quedará para siempre de este

día.

A todos, muchas gracias por vuestra atención.

Almería, a 14 de marzo de 1999

III Domingo de Cuaresma

Teatro Apolo